

Historia y museología
**Museología e historia:
un campo del conocimiento**
Edwin Chacón Ferrer

Universidad Experimental de las Artes (UNEARTE)
Fundación Museos Nacionales
echaconf@cantv.net

Éste fue el tema de discusión que seleccionó el Comité Internacional de los Museos para la Museología (ICOFOM, en sus siglas en inglés) en el año 2006. La cita de este evento tuvo como escenario a la comunidad de Alta Gracia, en Córdoba, Argentina. Los debates se centraron en el papel que han desempeñado los museos de historia y la historiografía en el campo de la museología. Esta disciplina, de reciente data, nace a mediados del siglo XX, siendo su principal impulsor el francés George Henri Riviere.

La museología, entendida como *la ciencia del museo*, se encarga de estudiar las relaciones existentes entre las comunidades, su patrimonio y el territorio. Esta trilogía (conocida como la nueva museología) es el resultado de la reflexión y de la dinámica actual, donde el museo no puede ser visto como un simple espacio donde se conserva y exhibe una “colección” y se atiende un “público”. Las funciones de un museo se centran en la educación, investigación, exhibición, conservación y administración del patrimonio y de sus recursos.

La historia se ha convertido en una gran herramienta para los estudiosos de la museología. Muchos investigadores o curadores, recurren frecuentemente a la teoría y al método histórico, para construir el discurso expositivo. Este vínculo permi-

te comprender y analizar las relaciones de ese patrimonio con la colectividad para la cual se concibió la exposición.

Esta nueva visión rompe los lazos tradicionales de la museología cuando se armaba una lectura unidireccional que sólo era asimilada, en algunos casos, por la academia o por un grupo de expertos en la materia.

Gracias a la historia y a otras disciplinas de las ciencias sociales, la museología contemporánea ha logrado tejer nuevos discursos que motivan a esas audiencias a ser las verdaderas protagonistas del hecho museístico.

Los grandes museos del mundo se encuentran en un proceso de revisión, para deslastrarse de la esencia enciclopedista y neoclásica que aún pervive en algunos de ellos. Por eso, el estudio del patrimonio se ha convertido en un punto focal en los museos, especialmente aquellos que coleccionan obras de artes y otros bienes inmuebles de épocas trascendentales que han marcado a una sociedad en un tiempo determinado. A través de los aportes de la historiografía contemporánea, marcada en algunos casos por la escuela de los Annales o por la marxista, se ha logrado que el patrimonio recobre su vida y sea comprendido más allá de sus formas o estilo.

Se entiende como un bien tangible o intangible, que posee un significado especial para un pueblo o una cultura determinada. Se contextualiza a partir de los nexos con la política, la economía y con la sociedad a la que sirve. Es aquí donde recobra gran fuerza la definición de patrimonio suscrita por el Convenio Andrés Bello: *el patrimonio no es un pasivo de la nostalgia, sino un activo de la memoria.*

Con esta visión se activa otro elemento fundamental en la comprensión del hecho museístico: la noción de la *identidad*. Desde el fin de la guerra fría y de la desaparición del bloque

socialista, irrumpió con gran fuerza la denominada *globalización*. Esa idea de homogeneizar y unificar criterios económicos hacia el ámbito de lo político, desató grandes enfrentamientos armados en Europa oriental y en algunas sociedades del mal llamado tercer mundo.

Para frenar la avanzada globalizadora, importantes teóricos comienzan a profundizar la noción de lo local en el ámbito de lo nacional. Desde finales de los años sesenta y a lo largo del último tercio del siglo pasado, en América Latina comenzaron a cultivarse, en importantes centros de formación universitaria, los estudios de la historia local y regional, que ayudaron a otros científicos sociales a entender las particularidades de un hecho o circunstancia, obviadas por los seguidores de la visión generalizadora de la historia.

Esa mirada hacia la *matria*, como la denominó el maestro mexicano Luis González y González, ha permitido que los museos, a través de su patrimonio, trabajen con mayor conciencia y empeño el asunto de la identidad. En 1998, el Museo de Arte Contemporáneo del Zulia (MACZUL) inauguró sus espacios con la muestra *El infinito canto de este sol. Arte y cultura del Zulia 1790-1998*. A través del discurso plástico y estético se mostró una nueva cara de las artes visuales venezolanas, combinando el método de la historia regional y el de la investigación en artes plásticas. El resultado fue un cruce de lecturas que permitieron mostrar una nueva idea del arte, sin tener que seguir el hilo cronológico.

Las artes del Zulia lograron ubicar su identidad e idiosincrasia más allá de sus actuales límites geográficos. La mirada se centró en aquellos elementos unificadores dentro de un paisaje plural y heterogéneo. Esto permitió que se generara el efecto *espejo* en las audiencias y en las comunidades que visitaron el museo. El mirarse ayudó a ver lo común y lo similar,

lo cual automáticamente conlleva a diferenciarse de los otros. He allí la esencia de las identidades.

La museóloga brasileña Tereza Scheiner sostiene que “los museos deben trabajar las evidencias de lo real bajo la forma de conjuntos abiertos que se articulan en permanente y continua interacción... la relación entre Museología e Historia puede ser vista aquí de un modo más completo, no sólo en el orden del discurso, sino también en el ámbito de la práctica cotidiana: más en esencia y menos en apariencia. Con esta forma de abordaje, la memoria consagrada se articula con las prácticas cotidianas, es decir con las vivencias de lo real”.

Los museos buscan profundizar esas vivencias activando la memoria a través del conocimiento y la identidad, siguiendo el discurso patrimonial, sin que éste genere temores o vergüenzas sobre el pasado. Los programas educativos enseñan a conservar y preservar el legado material e inmaterial para las siguientes generaciones. Esa visión de sustentabilidad permite que las sociedades valoricen sus tradiciones y su papel frente a la historia. Así se le ganará un espacio a las visiones que tratan de inferiorizar y alienar la dialéctica propia de los pueblos.